

## DESOCIDENTALIZAR EL CRISTIANISMO

*En toda la iglesia surgen voces pidiendo que el cristianismo no siga identificándose con la cultura occidental, sino que se abra a las diferentes culturas y se inculque en ellas, dando continuidad al dinamismo misionero de la iglesia primitiva retomado por el Vaticano II. La occidentalización del cristianismo, dio ciertamente frutos positivos, pero también tuvo una serie de efectos negativos en la vivencia y expresión de la fe cristiana, que es necesario corregir. Se tiene la impresión de que Atenas predomina sobre Jerusalén. Algunas crisis en diversos sectores de la iglesia pueden ser debidas a esta identificación de la fe con la cultura occidental. Tanto la existencia de la iglesia Oriental como la de la iglesia Latino-americana demuestran que la desoccidentalización y la inculturación no son imposibles. Es más, llevan a la catolicidad de la iglesia universal*

*Desoccidentalizar o cristianismo, Perspectiva Teológica 40 (2008) 09-23*

### Justificación del tema

Ya al concluir el Vaticano II, Karl Rahner dijo que la iglesia primitiva, gracias a Pablo, pasó del mundo judío al mundo greco-latino, pero que sólo ahora, en el Concilio, la iglesia comenzaba a abrirse al mundo y podía ser realmente católica.

Últimamente, en Asia, teólogos como A. Pieris o M. Amalados y las Conferencias episcopales piden que la fe cristiana no se identifique con el mundo occidental implantado por los misioneros cristianos en Asia. Esta visión occidentalizada de la fe impide el diálogo con las grandes religiones que tienen raíz asiática y dificulta la evangelización en las culturas

no europeas. Lo mismo se puede decir de Oceanía. En África también hay un deseo de edificar una teología y una iglesia africana (A. Nolan, A. Boesak...). En Europa, teólogos lúcidos, como J. B. Metz o J. I. González Faus se han dado cuenta del grave perjuicio que supone para la fe cristiana estar identificados con la cultura y la filosofía greco-latina. En América Latina también se pide una desoccidentalización del cristianismo (A. Brighenti, C. Palacio) con vistas a un diálogo con las culturas originarias de la Amerindia. Brighenti contrapone la corriente agustiniana latina, que predominó en la iglesia occidental, a la tradición de Ireneo, más ligada a la biblia, con la cual sintoniza mejor la iglesia latinoamericana.

La crisis de la iglesia occidental de hoy, sobre todo en Europa (descristianización, indiferencia religiosa, escasa participación eclesial...), tiene diversas y profundas causas, y una de ellas puede ser la identificación del cristianismo con la cultura occidental. Como escribe J. A. Estrada, parece que el cristianismo está más impregnado del espíritu de Atenas que del de Jerusalén.

Respecto a América podemos pensar que, de haber sido evangelizado el continente por misioneros de la iglesia oriental, la evangelización habría sido más profunda y más inculturada.

### **Un rápido recorrido histórico**

Para que la iniciativa de cambiar paradigmas no parezca algo extraño en el camino de la iglesia, debemos recordar que la iglesia primitiva ya tuvo que hacer un esfuerzo para pasar de la circuncisión al bautismo. La circuncisión, estrechamente ligada a la fe de Israel, fue abandonada a partir de la Pascua y el bautismo fue introducido como rito cristiano de iniciación, con las consiguientes disputas teológicas que se zanjaron en el concilio de Jerusalén. Enseguida llegó la apertura al mundo greco-latino. El AT ya había sido traducido al griego (versión de los LXX) y el NT se escribió íntegramente en griego.

Los primeros escritores ecles-

siásticos (Justino, Orígenes...), los primeros padres de la iglesia oriental y los primeros concilios inculturaron la fe cristiana en el mundo helénico. Los conceptos de *logos* (razón), *hipóstasis* (persona), *ousía* (substancia), por ejemplo, proceden del mundo helénico. Los padres orientales estuvieron muy influenciados por el pensamiento platónico y, sobre todo, neoplatónico. El propio Agustín, a pesar de ser africano, también está muy marcado por el neoplatonismo. J. Daniélou y H.U. von Balthasar, entre otros, reconocen que la inculturación de la iglesia en el mundo greco-latino fue muy positiva, pero toda inculturación, aunque no ahogue el evangelio, paga su precio, y esto es lo que hoy en día es preciso cuestionar y revisar.

La trágica ruptura entre la iglesia latina y la oriental (ortodoxa), consumada en el siglo XI, estuvo marcada más por cuestiones culturales y políticas entre la Roma latina y el Bizancio helénico que por problemas estrictamente teológicos.

A partir de entonces la iglesia romana acentuó todavía más sus aspectos occidentales (juridicismo, moralismo, racionalismo, centralismo...) junto con otros elementos culturales de los pueblos germánicos. El descubrimiento de Aristóteles en occidente contribuyó todavía más a esta visión racional y dialéctica de la fe cristiana. Como escribió H. de Lubac, en torno al siglo XII la iglesia occidental latina pasa del símbolo a la dia-

léctica. Las consecuencias fueron muy negativas para la iglesia romana. La reacción de la Reforma es en el fondo un deseo de volver a la Escritura.

El mundo moderno, que en parte es fruto del cristianismo, se volvió contra él (Hegel, Darwin, Nietzsche, Marx...) posiblemente por la excesiva helenización de la fe cristiana que se hizo más sensible a la naturaleza que a la historia.

El Vaticano II quiso abrirse a todas las culturas y religiones, pero esto queda para el tercer milenio. La descristianización de Europa, el diálogo interreligioso, la posibilidad de que surjan iglesias locales fuera del mundo occidental con autonomía y rostro propio... todo podría solucionarse po-

sitivamente si se produjera esta sabia desoccidentalización de la iglesia latina. No se trata de negar lo positivo de la inculturación en el mundo greco-latino, sino de no absolutizarla, relativizarla y superarla.

La razón occidental, que a lo largo de la historia ha alcanzado grandes éxitos (ciencia, técnica, progreso económico...), ha entrado en profunda crisis por haberse convertido en una razón instrumental al servicio de los grandes imperios coloniales y ha desembocado en el capitalismo neoliberal de nuestros días, discriminador de las mayorías de la humanidad. El cristianismo occidental aparece ante el mundo como identificado con esta razón occidental hoy en crisis.

## ALGUNOS EJEMPLOS NEGATIVOS DE LA OCCIDENTALIZACIÓN DEL CRISTIANISMO

Sin querer ser exhaustivos vamos a presentar algunas consecuencias negativas de la occidentalización del cristianismo, que deben ser corregidas. Y aunque todas están relacionadas, las exponemos separadamente.

### Intelectualismo

El *logos*, fundamental en la visión griega del mundo, fue asumido por el evangelista Juan en su prólogo, pero el *logos* de Juan

mantiene el sentido semita (*dabar*) de Palabra. Muy pronto, en la tradición que parte de Justino (siglo II), se pierde este sentido y prevalece la tradición helénica. El *logos* griego es racional (¡lógico!), ligado a la vista, en tanto que el *logos* semita (*dabar*), Palabra viva, está más ligado a la acción, a la interpelación, al oído. La consecuencia de esto es que en la iglesia occidental la revelación será concebida más como una comunicación de verdades que como la buena nueva bíblica de un Dios Padre, ri-

co en misericordia, que nos comunica su amor en la persona de Jesús de Nazaret. En consecuencia, la iglesia se presenta como depositaria de la verdad, como la religión verdadera con sus dogmas, más que como anunciadora de la buena nueva de Jesús de Nazaret y testimonio del Reino de Dios. Dios es buena noticia más para los intelectuales que para los pobres y simples que, según el evangelio, son los predilectos del Padre. El cristianismo occidental se convirtió más en una doctrina que en una mística, más en teoría que en vida, más en ideología que en la práctica del seguimiento de Jesús. La teología es, sobre todo, inteligencia de la fe más que reflexión sobre el amor. La fe es más resplandor de la verdad que revelación del amor de Dios.

No es casualidad que a lo largo de la historia de la iglesia haya habido reacciones contrarias a esta excesiva intelectualización del cristianismo, como las corrientes apofáticas de Oriente, que afirman que se llega al conocimiento de Dios más por la admiración que por los conceptos (Gregorio de Nisa), la tradición mística medieval (Eckhart, ...), la mística inglesa del *no-saber*, la mística del siglo XVI (Teresa, Ignacio, Juan de la Cruz...), las intuiciones del modernismo de principios del siglo XX, la *Nouvelle Théologie* de mediados del siglo XX y los demás movimientos teológicos que precedieron al Vaticano II, la teología de la liberación... Decía K.

Rahner que el cristiano del futuro será místico o no será cristiano. No se trata de caer en el antiintelectualismo, ni de oponer la fe a la razón, ni de querer ignorar la razón de nuestra esperanza, sino de no convertir la fe en algo puramente intelectual y racional. Como decía el mismo Rahner (a quien nadie acusará de antiintelectualismo), es necesaria una mistagogía espiritual, una iniciación a la experiencia espiritual. La encíclica de Benedicto XVI *Dios es amor*, en el fondo, también es una crítica a esta visión prevalentemente lógica e intelectual de la fe cristiana.

## Dualismo

El neoplatonismo, con su visión negativa de la materia, marcó profundamente a la teología occidental. A nivel antropológico, esto condujo a una visión negativa del cuerpo y de la sexualidad, con consecuencias muy graves a nivel espiritual y moral. También la visión de la mujer estuvo muy afectada por esta concepción negativa de la sexualidad y la procreación. La influencia de Agustín en el mundo latino occidental contribuyó a esta visión pesimista de la sexualidad, marcada tal vez por su influencia maniquea y por su experiencia personal de la sexualidad antes de su conversión. La doctrina agustiniana del pecado original y de su propagación a la humanidad por la procreación re-

fuerza esta visión negativa de la sexualidad. La sexualidad en el matrimonio sólo se justificará por la procreación. Comúnmente, el cuerpo es visto como cárcel del alma; la muerte, como liberación; la escatología es concebida más como la inmortalidad del alma, típicamente helénica, que como la resurrección de la carne, de origen bíblico. Ya Ireneo tuvo que luchar contra las corrientes gnósticas que enfrentan el Dios bueno del NT al Dios malo del AT, creador de la materia y del cuerpo. Ireneo demuestra a los gnósticos que, a partir de su teología dualista no pueden admitir la creación, ni la encarnación, ni tampoco la eucaristía y la resurrección de la carne. Pero cierto dualismo encratista se mantiene en la tradición occidental y repercute en la espiritualidad, por ejemplo, en los conceptos de virtud y *fuga mundi*. De ahí también nace la superioridad del celibato y de la castidad religiosa sobre el matrimonio, y de los monjes sobre los laicos.

También la historia de la salvación fue marcada profundamente por este dualismo entre historia profana e historia sagrada, entre creación y salvación, entre lo natural y lo sobrenatural, entre la historia y la escatología, con un concepto del Reino de Dios reducido al interior del corazón y a una escatología sin repercusiones históricas. En este contexto, la iglesia aparece como el Reino presente en la historia, cuya misión es salvar almas y llevarlas a la escatología

final. La encarnación de Cristo está estrechamente ligada a la redención, la cruz al perdón de los pecados, a satisfacer la honra del Padre herida por el pecado, que exige reparación infinita a una ofensa infinita (Anselmo). El pecado de Adán es la “feliz culpa” que nos mereció tal redentor (Agustín). Es una cristología abstracta (Calcedonia) con escasa referencia al Jesús histórico y a sus opciones vitales, que son las que le llevaron a la muerte, una cristología con poca relevancia de la resurrección, pues parece que todo se consume en el sacrificio de la cruz. La pneumatología queda muy oscurecida en esta visión dualista.

Esta concepción está muy alejada de la visión antropológica unitaria bíblico-semita, donde el ser humano, hombre y mujer, es imagen de Dios, el cuerpo, la sexualidad y el matrimonio son dones de Dios al servicio del amor. Existe unidad entre creación y redención, la salvación corona la creación, toda ella orientada a la vida divina, obra conjunta de los dos brazos del Padre, el Hijo y el Espíritu (Ireneo), que restauran la imagen primitiva de Dios ofuscada por el pecado, pero nunca erradicada. La salvación es recapitulación de todo en Cristo, alfa y omega, plenitud de la creación, cielo nuevo y tierra nueva, que comienzan con la resurrección de Cristo. La gloria de Dios es la vida de la persona humana (Ireneo), el ser humano es camino para la iglesia, el

Reino comienza en la historia y su culminación es la participación de la vida divina, lo que los padres orientales llaman la divinización del cristiano. La iglesia es prolongación de Pentecostés y misterio de la comunión trinitaria.

### **Predominio del Dios todopoderoso sobre el Dios amor**

Fruto de esta helenización del cristianismo fue una visión de Dios más como poder que como amor. Dios es ante todo el todopoderoso, el Señor absoluto ante quien la criatura se siente nada y pecadora. Este Dios todopoderoso y patriarcal, es también el juez de vivos y muertos, ante cuyo juicio inapelable se juega la historia de las personas y de la humanidad. Toda una espiritualidad del miedo a la condenación y al demonio, la obsesión neurótica dimanante de la culpabilidad, el sentimiento de indignidad ante la santidad divina... son consecuencia de esta concepción de Dios más helénica que bíblica. Las oraciones litúrgicas dirigidas continuamente al Dios todopoderoso, las terribles representaciones del juicio final, la poca participación de los fieles en la eucaristía por sentirse pecadores indignos (jansenismo)... son síntomas de esta visión de Dios. Por otra parte, la jerarquía se siente depositaria del poder de Dios a través de los sacramentos y de su magisterio. El pueblo se siente ca-

da vez más apartado de Dios, de los sacramentos y de la doctrina de la iglesia y prefiere acudir a los ritos de la religiosidad popular, a la devoción a María y a los santos, que experimenta más próximos y benevolentes que el Dios todopoderoso, juez terrible de vivos y muertos. Ante la sociedad, la iglesia se siente poderosa, Madre y Maestra, Señora y Dominadora, el Papa consagra emperadores, organiza cruzadas, crea la inquisición y hace que sus leyes se conviertan en normas obligatorias para la sociedad. Es la iglesia de la cristiandad occidental.

Esta visión occidental contrasta con la experiencia bíblica de un Dios Padre (maternal) misericordioso que perdona, cuyo poder es su misericordia, que en Jesús se nos revela como gracia y salvación. La visión occidental aplica a Jesús la imagen del Dios todopoderoso de la filosofía griega, en vez de llegar a la imagen de Dios a partir de la revelación de Jesús. La vida histórica de Jesús de Nazaret en gran parte es desvalorizada en occidente; su pobreza, debilidad, humillación y kénosis son oscurecidas. El seguimiento de Jesús es más apreciado por los místicos (Francisco, Ignacio...) que por los teólogos.

Hay también un oscurecimiento del Espíritu en occidente, cayendo en lo que los orientales llaman cristomonismo. Esto lleva a la exaltación de las dimensiones visibles y exteriores de la iglesia institución (jerarquía, derecho,

magisterio...) dejando ofuscadas las dimensiones más profundas: experiencia espiritual, carismas, profecía, servicio... Se cae en el eclesiocentrismo. La jerarquía parece ser la única depositaria del Espíritu. Sólo ahora el Vaticano II ha vuelto a recuperar la dimensión pneumatológica de la fe en la iglesia (LG 4).

### **Imperturbabilidad e insensibilidad ante el sufrimiento humano**

Los dioses griegos que viven en el Olimpo son imperturbables, viven en su feliz *ataraxia*, insensibles al sufrimiento humano. Esta imagen de Dios todopoderoso y eterno contaminó la imagen del Dios cristiano en occidente. Por el contrario, el Dios bíblico es muy sensible al sufrimiento humano, escucha el clamor del pueblo oprimido en Egipto y antes de hacer una alianza con Israel y constituirlo Pueblo de Dios, lo salva de la esclavitud. En el NT Jesús se complace del pueblo que es como un rebaño sin pastor. Jesús está más preocupado por remediar el sufrimiento del pueblo pobre que por constituir el nuevo pueblo de Dios. En cambio, el cristianismo occidental elaboró una teología que parece más preocupada por el honor que se ha de atribuir a Dios que por el sufrimiento del pueblo. Para Jesús la misericordia es más importante que el sacrificio.

También algunos teólogos (J.

B. Metz, J. M. Castillo y J. I. González Faus) observan que el cristianismo occidental está más preocupado por la moral y por el pecado del pueblo que por su sufrimiento, y elaboró un concepto de pecado que parece estar lejos del sufrimiento de los pobres, cuando en realidad pecado es todo aquello que causa sufrimiento y daño a uno mismo y a los demás, como afirmaba Santo Tomás. El cristianismo occidental se hizo más moralista que místico, con una moral más centrada en la sexualidad que en la justicia social. El cristianismo bíblico es el del amor de Dios manifestado en Jesucristo que fundamenta la sacralidad del pobre. Esto posibilita un diálogo interreligioso con las religiones de la humanidad, todas ellas preocupadas por el mundo pobre.

### **Individualismo frente a comunitarismo**

El mundo occidental es profundamente individualista y este individualismo se ha reflejado a nivel religioso en un cristianismo muy individualista e intimista: Dios y yo, mi salvación, mi Jesús, sacramentos sólo para la propia familia al margen de la comunidad, moral más centrada en la sexualidad que en la solidaridad, una visión de Dios muy poco trinitaria, religión “a la carta”...

La visión bíblica es otra, Dios Trinidad es una comunidad de amor interpersonal entre el Padre

el Hijo y el Espíritu, que actúa en la historia de salvación suscitando comunidades: el pueblo de Israel, la iglesia. La fe es comunitaria en la oración (Padre nuestro), en la liturgia, donde actúa el “nosotros” eclesial. La dimensión fraternal solidaria es esencial a la fe bíblica como aparece en los profetas, en Jesús de Nazaret y en la tradición eclesial.

Todo esto se refleja en lo que luego se ha llamado la opción por los pobres, en la doctrina social de la iglesia y en las diversas formas de comunidades que han ido surgiendo desde la parroquia como comunidad de comunidades hasta las comunidades eclesiales de base. Esta solidaridad se extiende a la tierra con una responsabilidad cósmica y ecológica en un espíritu de respeto sacramental.

Obviamente no se trata de excluir todo lo que es occidental, si-

no de recuperar, purificar y recapitularlo todo en Cristo, conservando lo positivo de occidente y haciéndolo desbordar a partir de la novedad del Espíritu. El cristianismo es más vida y práctica del seguimiento de Jesús que una doctrina; es una visión no dualista sino integral del ser humano y de la historia de salvación; se dirige a un Dios cuyo poder reside en la misericordia y en el amor, no en su prepotencia; es una fe vulnerable al sufrimiento del pueblo y que sabe que la gloria de Dios pasa por la defensa de la vida del pueblo pobre; es un cristianismo centrado en Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, que nos revela el rostro del Padre y nos comunica su Espíritu: cristología y pneumatología deben mantenerse dialécticamente en tensión. Es una fe no individualista sino comunitaria, eclesial y trinitaria.

## **DOS EJEMPLOS DE CRISTIANISMO NO OCCIDENTAL**

Pensar que el cristianismo occidental es la única forma de cristianismo existente o posible no sólo sería inexacto sino también falso. El cristianismo oriental ya es una realidad histórica. También en Asia, África o América Latina está surgiendo una nueva imagen de iglesia y de teología muy diferente de la clásica occidental. Nos limitaremos a hablar de la iglesia oriental y la de América Latina.

### **La iglesia oriental**

El cristianismo oriental, aunque con una clara influencia griega, mantiene vivas sus raíces semítico-bíblicas más que el cristianismo occidental. Aunque durante el primer milenio la iglesia de occidente pudo estar influenciada por la iglesia de oriente, desde la ruptura del siglo XI Roma se latinizó y se occidentalizó totalmente. A partir del Vaticano II se intentó es-

tablecer y profundizar el diálogo con el oriente cristiano. Juan Pablo II habló de la necesidad de la iglesia católica de respirar con sus dos pulmones, el occidental y el oriental.

Para superar la occidentalización de la iglesia católica, enumeramos algunos elementos de la iglesia de oriente que difieren de los occidentales.

La iglesia oriental es una iglesia mucho menos normativa que la occidental. Está más centrada en la experiencia espiritual, en la conciencia y en la libertad personal.

Es una iglesia mucho menos conceptual que la de occidente, no pretende definir. Los dogmas son más afirmaciones negativas (no es eso...) que positivas, pues son conscientes de la inefabilidad del misterio de Dios. Por esto su teología es apofática: ante Dios vale más la adoración y el silencio que la especulación.

Es una forma de iglesia mucho más próxima a los orígenes del cristianismo, lo que le confiere un sabor a veces un poco arcaico, pero con el frescor evangélico de las fuentes semíticas primitivas.

Es una iglesia en tensión entre la escatología y la parusía; esto hace que a veces corra el peligro de milenarismo y fuga de la historia, pero al mismo tiempo la hace menos inclinada a la secularización occidental.

Su espiritualidad es monástica

y el monacato es el nervio de su eclesiología. Los observadores orientales del Vaticano II se escandalizaban de la poca importancia que la iglesia latina daba a la vida religiosa.

Es una forma más contemplativa del cristianismo, más inclinada a la adoración que a la acción, al silencio que a la palabra, más propensa al respeto, a la contemplación de la belleza que a la racionalización del misterio. Por esto su eclesiología es primariamente litúrgica.

Es una iglesia fuertemente fundada en la tradición, que no pasó por las crisis de la reforma, la contrarreforma, el modernismo, la secularización y la posmodernidad, aunque con el riesgo de cierto fundamentalismo.

Es la forma más cósmica del cristianismo, la más ligada a la tierra, al cuerpo, sensible a la mujer y a los símbolos materiales.

Es una iglesia estrechamente ligada a la vida en todas sus dimensiones, que alcanza su plenitud en la participación de la vida divina (divinización del cristiano). La iglesia oriental se siente en íntima armonía con el evangelio de Juan, que es el evangelio de la vida. Precisamente para defender esta vida divina los primeros concilios definieron que el Hijo es consubstancial al Padre y el Espíritu es Dios, pues, si no lo fuesen, no podríamos poseer la vida divina. Para los teólogos orientales, a diferencia de los latinos, la esca-

tología no es meramente la visión beatífica de Dios sino la comunión o divinización.

El oriente tiene una concepción unitaria de la persona humana, cuya dignidad procede del hecho de ser imagen de Dios. El pecado es siempre algo extraño a la naturaleza, algo que viene de fuera, que lleva a la muerte. La vida cristiana y la espiritualidad consisten en luchar por la vida, recuperar la dignidad original de la naturaleza para que llegue a una semejanza con Dios. Aunque Oriente reconoce que somos solidarios con el pecado de Adán, no elabora una teología del pecado original como Agustín.

Para ellos la encarnación es la raíz que posibilita la divinización del cristiano. El Hijo se hace hombre para que podamos ser hijos de Dios, pues lo que no se asume no puede ser redimido. La figura de María es destacada en la encarnación de Jesús. Es una encarnación kenótica, que lleva a Jesús a la muerte y a descender a los infiernos para liberarnos de la muerte y darnos la salvación o vida definitiva. La salvación es vista más como cura terapéutica y ontológica que como rescate o reconciliación jurídica. Creer en Dios es creer en Jesucristo resucitado. El ideal cristiano no es tanto imitar a Cristo, sino vivir en Cristo la vida nueva de los resucitados. Esta vida nos lleva a practicar la justicia y la misericordia con los que han sido víctimas de la injusticia y la pobreza, pues la gloria de Dios es que el ser

humano tenga vida plena (Ireneo).

La dimensión del Espíritu es la más típica del oriente y es la que contrasta más con el olvido occidental del Espíritu. Las dos manos del Padre, sus misiones son la encarnación del Hijo y la venida del Espíritu. Sin el Espíritu, Dios está lejos, Cristo permanece en el pasado, la iglesia es una simple organización, la vida cristiana una moral de esclavos. Pero con el Espíritu, Cristo resucitado está presente, la iglesia significa comunión trinitaria y la vida cristiana se diviniza (Ignacio IV de Antioquía).

Sin duda alguna la visión de la Trinidad es diferente de la occidental latina. Si la tradición latina agustiniana parte de las potencias humanas (memoria, entendimiento, voluntad) para llegar a la Trinidad y la unidad de Dios consiste en su naturaleza divina, el Oriente ve la unidad en el Padre, cuyas dos manos son el Hijo y el Espíritu. Los orientales critican la visión occidental abstracta de Dios, pues para ellos, Dios es ante todo el Padre. Frente al Occidente que defiende que el Espíritu procede del Padre y del Hijo y es su lazo de unión, para el Oriente el Espíritu procede solamente del Padre y está presente en la propia generación del Hijo. Por eso el Oriente resalta más el papel del Espíritu en la vida cristiana. La Trinidad es un misterio que debe ser venerado y contemplado en silencio. No es casualidad que los padres orientales, defensores de la

Trinidad, sean también defensores de la dignidad de la persona humana creada a imagen de la Trinidad. De la vivencia de la comunión trinitaria nace también un sentido muy fuerte de la comunidad y de la participación en la iglesia en la sociedad.

La iglesia centrada en Cristo y en el Espíritu se orienta a la divinización del hombre. De ahí la importancia que los orientales dan a los sacramentos, especialmente la eucaristía. Su eclesiología es eucarística y fundamenta la iglesia local. En su celebración el ministro actúa no tanto como personificación de Cristo, sino en nombre de la iglesia. De ahí que sus fórmulas sacramentales no sean indicativas (Yo te absuelvo), sino deprecativas (que Dios te perdone por medio de mí...). Tradicionalmente es una iglesia donde los fieles participan en las decisiones que afectan a todos. También destacan en Oriente la invocación del Espíritu en la liturgia y la llamada “disciplina de la misericordia” por la cual se permite a los casados separados poderse casar nuevamente por la iglesia. Los sacramentos son como un Pentecostés renovado que procura comunicar la vida divina e iniciar la transfiguración de las personas y del cosmos.

Basten estas consideraciones para demostrar que existe un cristianismo no occidental, con sus limitaciones y fallos, pero con una gran riqueza y más próximo a las culturas no occidentales que el cristianismo latino. Esto obliga al

cristianismo occidental a una modestia mayor y a relativizar muchas cosas que tal vez consideraba absolutas. Así, Pablo VI, hablando del concilio de Lión de 1274, celebrado después de la separación de la iglesia ortodoxa, lo calificó simplemente como un Sínodo General de la Iglesia Occidental. El teólogo Ratzinger afirmó que no se puede imponer a la iglesia de Oriente una concepción del primado de Pedro diferente de la del primer milenio.

### **La iglesia latino-americana**

Muchos consideran sospechosas tanto a la iglesia oriental como a la que está surgiendo últimamente en la América Latina. El cristianismo occidental tiende a ser centralista y poco amigo de las diferencias y peculiaridades de otras iglesias locales.

Hay algunos aspectos comunes en la teología oriental y en la latino-americana, aparte de sus diferencias culturales e históricas. Ambas tienen una mayor preocupación por la vida y por la realidad que por la especulación, son más sensibles a la praxis vital que a la doctrina. Más simbólicas que racionales. Más comunitarias y participativas que la teología occidental, que es mucho más individualista. La encarnación de Jesús se orienta en ambas en el sentido de vencer a la muerte y dar vida en abundancia. En ambas María ejerce un papel importante en la devoción del pue-

blo. El Espíritu se hace presente y la Trinidad se convierte en modelo de comunidad para la iglesia y la sociedad. La iglesia se orienta al Reino y defiende la vida del pueblo y ambas buscan transfigurar este mundo anticipando la escatología. En ambas hay sensibilidad cósmica y respeto a la tierra.

Pero aparte de estos elementos comunes, hay también especificidades del cristianismo latino-americano que fueron formuladas después del Vaticano II (Medellín, Puebla, Santo Domingo, Aparecida) reasumiendo algunas semillas proféticas sembradas en la primera evangelización.

Es una teología que parte de la realidad de la pobreza del pueblo para iluminarla con la Palabra y desembocar en una praxis liberadora. La realidad de pobreza e injusticia son vistas desde el plano de Dios como pecado y escándalo, pecado estructural de una sociedad que se profesa mayoritariamente cristiana. La Palabra de Dios, del Éxodo al Apocalipsis, pasando por los profetas y, sobre todo, por Jesús de Nazaret, ilumina esta realidad.

Si el Oriente se centra en Juan, la teología latino-americana se centra en los evangelios sinópticos y su propuesta de seguimiento de Jesús. El Reino de Dios de Jesús de Nazaret constituye también el horizonte de la teología latino-americana. Un Reino que no se limita a lo interior y a una escatología final, sino que exige una pre-

sencia histórica. La vida y la muerte de Jesús están marcadas por su opción por los pobres y marginados, por su defensa ante todo aquello que es una agresión a la vida del pueblo. Jesús es pobre, humilde, solidario y, sobre todo, compasivo y misericordioso. Pecado es todo aquello que mató al Hijo de Dios y continúa matando a sus hijos e hijas. La resurrección de Jesús es el aval del Padre a sus opciones y el triunfo de la vida sobre la muerte.

La iglesia es, ante todo, la iglesia de los pobres, que son su opción preferencial (Puebla, Aparecida). Los sacramentos anticipan proféticamente el Reino de Dios y exigen un compromiso liberador de los fieles. Las comunidades de base son el núcleo de una nueva eclesiología. Los pastores de la iglesia han de ser, ante todo, defensores de la vida de los pobres y marginados, de los indígenas y afro-americanos. La vida religiosa desea ser mística y profética, inserta en los medios populares. Es un signo escatológico del Reino que ya ahora debe ser buena noticia para los pobres.

La espiritualidad es liberadora, contemplando a Jesús en los crucificados de este mundo (Puebla), con un compromiso por la justicia que puede llevar al martirio. Cada vez más esta iglesia se abre a las culturas y las religiones de la Amerindia, fruto de las semillas del Verbo y de la misteriosa acción del Espíritu. Nace una teología india y una teología afro-

americana. Todo esto implica una pastoral intercultural con consecuencias en la liturgia, la moral, los ministerios, las vocaciones, el laicado, en la participación comunitaria, en la ecología... También es sensible a la religiosidad popular donde se expresa la fe de los pobres: devoción a María, a los santos, a los difuntos, imágenes, peregrinaciones, fiestas... Se está elaborando una teología más simbólica y popular.

## **Conclusión**

Estos breves apuntes sobre la Iglesia Oriental y la Latino-americana son suficientes para destacar que es posible otro cristianismo diferente del occidental, no menos legítimo, ciertamente con sus riesgos, pero también con sus grandes posibilidades de futuro, si queremos que el evangelio y la iglesia sean buena noticia para las

mayorías empobrecidas que viven al margen del mundo occidental. Las iglesias de Asia, África y Oceanía deberán seguir sus propios caminos. La catolicidad de la iglesia, que preside el primado de Pedro no sufre, sino que se enriquece con la diversidad, como un nuevo Pentecostés.

Si el mundo cristiano occidental sigue considerando como sospechosa esta elaboración de las iglesias locales, si persiste en su ceguera de no reconocer su responsabilidad en lo que está viviendo y sufriendo el tercer mundo y no se decide a cambiar de actitud, pocas posibilidades de futuro tendrá la iglesia en el mundo occidental. El gesto de Benedicto XVI de renunciar a su título de patriarca de occidente puede ser un buen presagio para el futuro: la iglesia de Roma no quiere identificarse más con occidente, sino abrirse a todas las culturas para así ser realmente católica, universal.

**Tradujo y condensó: JOAQUIM PONS ZANOTTI**